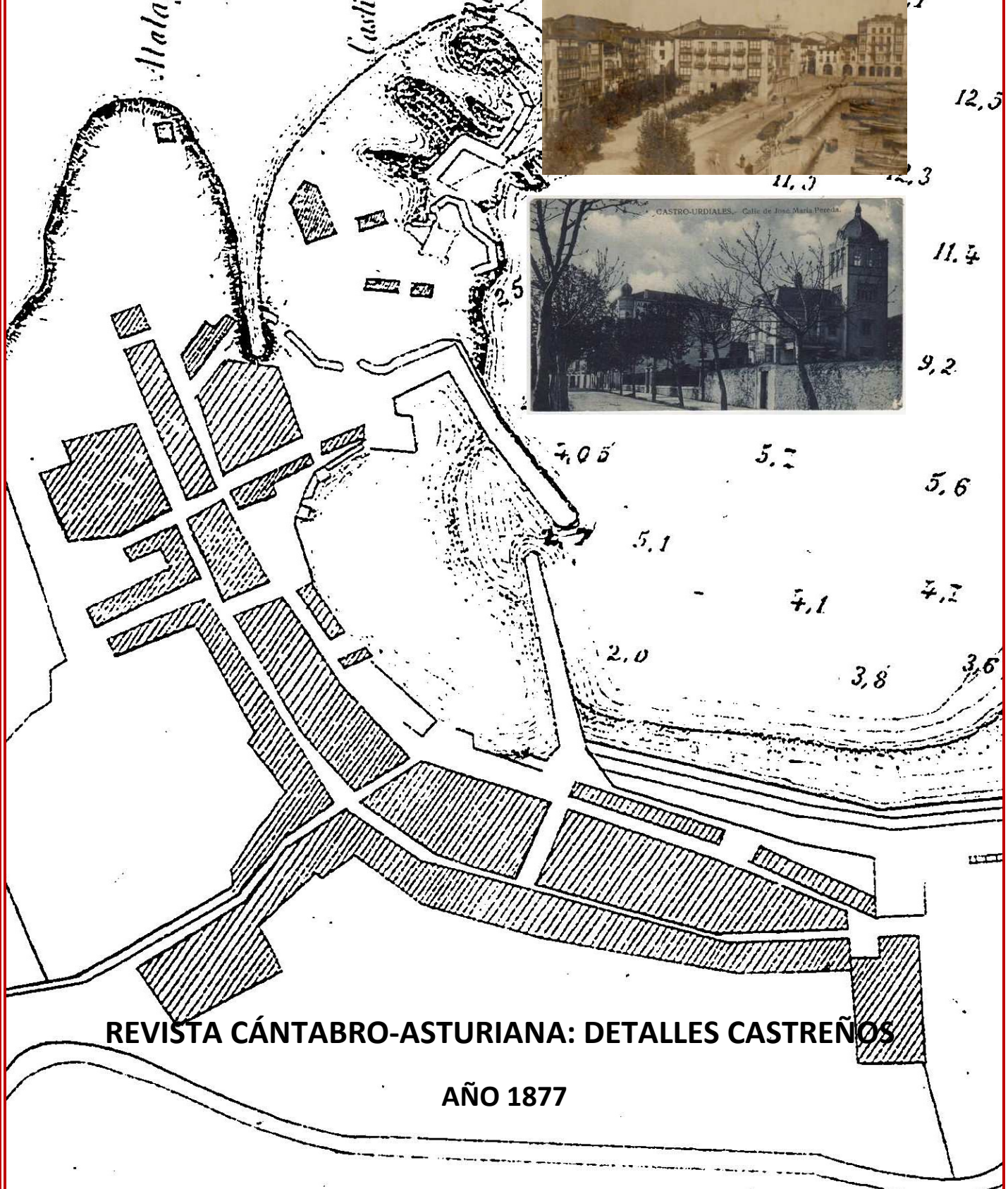


Castillo y faro a 5.0
hora y hermosa d

Alalaya



REVISTA CÁNTABRO-ASTURIANA: DETALLES CASTREÑOS

AÑO 1877



20 CASTRO-URDIALES, Carretera de Brazomar y Asilo



Ramón Ojeda San Miguel (localización)

CASTRO URDIALES 2013

REVISTA
CÁNTABRO-ASTURIANA.

(CONTINUACION DE "LA TERTULIA.")

TOMO I.

SANTANDER:
IMPRESA DE SOLINIS Y CIMIANO,
ARCILLERO, NÚM. 1, PRINCIPAL.

1877.

EL PLATO DE OTAÑEZ.

Sobre la antigua afición de montañés, el reciente deber de cronista de la provincia me pone en el caso de no dilatar más alguna contestación al llamamiento que nuestra Real Academia de la Historia dirigió á los literatos montañeses, cuando tuvo noticia de la antigualla titulada Plato de Otañez, y dió un pulcro grabado de ella en el tomo VI de Memorias de aquella eminente corporación.

«En 1826 dice, tuvo la Academia noticia de un plato descubierto, á fines del siglo pasado, en el valle de Otañez, cerca de Castro-Urdiales, en la provincia de Santander. Hallóse dentro de una cantera de donde se sacaba piedra para edificar, en la ladera meridional de la altura llamada *Pico del castillo*. Es de plata, de peso de treinta y tres onzas, con relieves, parte de ellos sobredorados, que representan varias figuras y árboles. En la parte superior se vé una ninfa que vierte de una urna el agua que cae por entre peñas. Un joven coge de ella, para llenar una vasija; otro la dá con un vaso á un enfermo; otro está llenando una cuba, colocada en un carro de cuatro ruedas á que están unidas dos mulas. A los dos lados de la fuente hay dos aras, en que se ofrecen libaciones y sacrificios, y en el contorno la inscripción SALVS VMERITANA. El plato es de figura elegante, y en su parte inferior tiene escrito en caracteres poco perceptibles: L. P. CORNELIANI PIII::::: Todas las circunstancias de esta alhaja singular manifiestan origen romano, y que pertenece á alguna fuente de aguas saludables; sobre lo que toca discurrir á los literatos naturales de aquel país que sean aficionados á esta clase de conocimientos.»

Respetando tan competente dictámen, lo que primero me ocurre á la vista del grabado, y recordando las muchas que al país tengo dadas, es que, ni carros de cuatro ruedas, ni con tiros de mulas, han rodado por estas alturas y profundidades sinó en épocas muy más recientes que la fundición del plato en cuestión: (si plato es, y no taza, ó copa como á mi

me parece). Tampoco sé de manantial salútfero, entre los muchos que tenemos, al que pueda aplicarse el nombre de Vmeritano; ni, á la verdad, siento mucho que tan adentro de la frugal é indomable Cantábria, como el sitio donde ésta alhaja se halló, sea inverosímil fijar el origen de este claro testimonio de dominacion romana, de su lujo y enfermedades, congénitas á toda civilizacion viciosa. Por lo que á nosotros atañe, le creo más bien trofeo de guerra conquistado por nuestros antepasados, en tierra más fértil y opulenta ó parte de los tesoros que de allí vinieran, con sus dueños, á buscar la eterna y agreste independenciam de estos riscos, cuando en ellos se estrelló la pujanza mahometana, que no detuvieran: ni las armas y disciplina de Roma; ni los desiertos arenales de Africa, ni las ondas del Mediterráneo, ni la ya decaida fiereza de los godos. Y advirtiendlo que la palabra *Vmeritana* sólo difiere en una letra de *Emeritana*, tal vez nada en la pronunciamcion semi-indígena de entonces, (1) como en la de hoy se halla enteramente suprimida del nombre castellano *Mérida*, deduzco que á esta colonia de los veteranos de Augusto pertenece la construccion de esta memoria; bien cuando se descubrieron las aguas potables que despues se condujeron á la misma ciudad por magníficos acueductos, cuyos restos aún admiramos; bien cuando se empezaron á conocer las cercanas aguas medicinales de Alange, donde tambien se conservan bóbedas y otros restos de evidente construccion romana.

Porque, ni las aguas del Guadiana son puras en ningun tiempo, ni saludables en verano, cuando llegan á Mérida; manteniéndose casi estancadas en aquellas interminables llanuras: muy propias, eso sí, para carros de cuatro ruedas y tiros de mulas. No faltan, por otra parte, en Extremadura y especialmente en Alange, árboles ni peñas, como se representan en el plato; y abundan otros testimonios, no sólo de la riqueza de aquel país, en tiempo de la dominacion romana y goda, sino hasta de las manos meticulosas, ó confiadas, ó codiciosas aún mas allá de la tumba, en que vino á parar. En Almendralejo, antiguo territorio de Mérida, se halló el año de 1847 el gran disco de Teodosio; cuya descripcion, escrita por el Autimario de la antedicha Academia de la Historia D. Antonio Delgado, publicó la misma corporacion. Juntamente parecieron dos tazas, tambien de plata, y acaso semejantes á nuestro plato. Y tan apresurado debió andar el

(1) De aquel tiempo, próximamente, hay medallas de *Clunia* donde se grabó *Clounio*; y Plotomeo escribió *Clounia*, (ensayo sobre las medallas celtibéricas, por Velazquez, P. 93.)

que ocultára el disco, que le maltrató, doblándole por medio para enterrarle mas pronto. Aún posterior á este hallazgo es el de las coronas de los Reyes Godos, en un subterráneo de las inmediaciones de Toledo, y cerca de ellas una lápida sepulcral de cierto Presbíter, acaso guarda-jurado de tal tesoro, que se llevase el secreto á la tumba; como es posible que se pierdan las riquísimas alhajas que en la iglesia del Santo Sepulcro de Jerusalem están ocultas, en condiciones semejantes, para librarlas de la rapacidad de los bajás turcos.

Más valiente ó confiado debió ser el que, desde Mérida, trasladó á Otañez el plato, taza, ó copa de que tratamos, probablemente cuando capituló aquella plaza con Muza, ó bien antes que la sitiara, segun parece más verosimil, atendida la codicia con que él y Jarik escudriñaron alhajas semejantes. ¿Puede presumirse que fuera algun miembro de las familias últimamente elevadas al trono de los Godos? ¿Algun hermano de D. Rodrigo? Aquel Pedro, Duque de Cantábría, descendiente de Leovigildo y Recaredo, y padre de Alfonso I? Tal vez el mismo D. Pelayo, porta-espada ó Armigero de Don Rodrigo, segun el monge de Silos, y que casó á su hija con D. Alfonso? Todo cabe en la esfera de lo posible, puesto que el primer cronista de la Restauracion, el obispo D. Sebastian, recogiendo las tradiciones de los viejos y de la familia Real poco más de un siglo despues de la invasion, dice que, de los que de linage régio quedaron, algunos se dirigieron á Francia; pero la mayor parte entraron en esta patria de las Asturias, y eligieron entre ellos Príncipe á Pelayo, hijo de Favila, que fuera Duque (¿de Asturias mismo?) y de linage régio.

Lo que no aparece tan claro, pero tampoco inexplicable, es porqué se ocultó aquí tambien el plato; pues que la invasion no debió tramontar la cordillera cantábrica, por esta parte de *peñas al mar*, hallándose la más cercana etapa conocida en Setos-cueva. (1) ¿Se halláron en minoría los godos refugiados, y temieron la antigua aficion del guerrero cántabro al latrocinio? ¿Robó y escondió el plato algun page infiel, ó cocinera golosa, temiendo despues descubrirlo, y descubrirse? ¿Le sonsacó á la cocinera, no muy limpia de guerrero moribundo, algun confesor adquisitivo, si no para sí, para su iglesia ó monasterio? ¿Se ocultó, despues, en alguna de las guerras civiles de tutorías y bandos, que derramaron más sangre y destrozaron más hacienda en este país que las lanzas y cimitarras moras? El discreto lector puede elegir de estas hipótesis la que más le satisfaga.

(1) Yn era D. CCC XXXVI fréyerunt Corduenses Soutus covan Analess Complutenses.

Una palabra más, sobre el nombre romano grabado en el pié de la taza. La descripción le escribe *L. P. Corneliani PIII*; pero el grabado indica mas bien *L. P. Corneli*, siendo difícil averiguar lo demás, entre los infinitos sobrenombres, que tuvo la familia Cornelia. El que más se asemeja es *Æmilianii*; pero, como al último parece indicarse el principio de la palabra *Augusti*, me inclino á que fuese dedicación á una autoridad ó persona representante del Augusto, es decir, del emperador reinante, pues no hubo emperador Cornelio. Según la perfección de las figuras diseñadas, bien pudiera ser alguno de los españoles Trajano y Hadriano, (de cuyo nombre también nos hemos ocupado en suprimir la primera letra) y, por la protección que diera este Cornelio á la obra de los acueductos, ó baños indicados, se le dedicaría este recuerdo. Creo más verosímil fuese por las aguas de Alange, que aún se usan en bebida, además de baño; sin excluir tampoco la otra suposición; porque el enfermo sentado, á quien un muchacho dá de beber, tiene en la otra mano con qué hacer boca; y si en una de las aras se hace libación por un anciano, en la otra parece se presentan panes, ú otros alimentos sólidos, por un pastor calzado de corizas, como las que aún gastan los de ganado trashumante á Extremadura. Por consiguiente, tanto pudo agradecer la salud de los emeritanos aguas sanas para una buena digestión, como las medicinales para remediar digestiones malas.

Es cuanto por ahora puedo decir, salvo lo que una vista ocular del objeto me persuadiese digno de rectificar.

ANGEL DE LOS RIOS Y RIOS.

Proaño, Agosto de 1877.

LUIS DE ARTIÑANO.

Cuando se visita el cementerio de Castro-Urdiales, situado detrás de la iglesia de Santa María, sobre el promontorio que domina el mar, cuyo lamento parece arrullar el sueño de los que yacen en aquel camposanto, llama desde luego la atención una tumba aislada, que levanta entre cipreses sus pirámides de piedra.—Expresivas inscripciones dicen al que lee, que aquel monumento, está consagrado á una memoria querida, por el dolor de un padre, por el desconsuelo de una esposa, por el afecto de amigos cariñosos. Yace en aquella tumba Luis de Artiñano.

Dentro de algunos años, ahora mismo quizá, fuera de su familia, y de aquellos amigos, cuyo número vá reduciendo la muerte, ese nombre será desconocido, y el pasagero indiferente preguntará ante aquel sepulcro quién era el hombre, cuyas cenizas guarda.

No parecerá fuera de razon decirlo aquí, ya que éstas páginas á su memoria dedicadas han de encontrar lectores que se interesan por las cosas y los hijos notables de la Montaña; aparte de la simpatía que despiertan siempre una vida segada en flor, y esperanzas brillantes cuya completa realizacion impide destino inexorable.

No á todos es dado dejar en pos de sí obras, acciones, recuerdos que salven su nombre del olvido. Á unos se niega el tiempo, la ocasion á otros, y no falta quien, por la índole especial de su inteligencia y de su carácter, por irresoluto, por contemplativo, ó por excesivamente enamorado de la perfeccion, y descontento de sus propias obras, inferiores siempre al ideal que concibe, consume sus facultades en una vida puramente interior, cuyos destellos y cuya influencia no pasan del cálculo estrecho de las personas que los reciben y aprovechan.—¿Se les ha de olvidar por eso? Es justicia atribuir la parte que en el bien general le corresponde al mérito escondido.—La victoria que dá celebridad á un general

afortunado se consiguió tal vez gracias al esfuerzo, al heroísmo de soldados humildes, que yacen ignorados en la fosa sin nombre del campo de batalla. Tribútese enhorabuena honores y coronas al vencedor; pero no se niegue el debido homenaje al héroe desconocido que contribuyó con su sangre á la gloria ajena. Algo de esto sucede en la vida de los hombres y de los pueblos, en el adelanto de las sociedades. Todos vivimos de todos; y muchas veces la inspiracion, el impulso, la iniciativa de una idea, de un invento, de una empresa, de transformaciones fecundas en las distintas esferas de la actividad humana, no se engendran en el mismo que las realiza, sinó que proceden de quien, desconociendo quizá todo su alcance, las comunicó á otros, como labrador que esparce con mano generosa semillas que ván á caer y germinar en tierra feráz. Gloria al génio creador, honra al talento que aplica, que perfecciona, que realiza; pero recuerdo y simpatía tambien para aquellas claras inteligencias que han dado muestra de lo mucho que valían en el influjo que ejercieran y la parte que tomasen en el fomento de la ilustracion y del adelanto de su país.

Á esta clase pertenecía Luis de Artíñano. Nacido en Castro-Urdiales poco antes de comenzar la guerra civil de los siete años, en el seno de una familia distinguida y acomodada, su educacion fué objeto especial de la solicitud de su padre D. Luis, persona tan ilustrada como piadosa, que le amó siempre con el entrañable cariño que se profesa á un hijo único.—Eran los de Castro—y es posible que todavía lo sean—aficionados á acudir á Bilbao, villa con la cual desde antiguo tenían muchas relaciones; y D. Luis escogió para la educacion literaria de su hijo, el Colegio de Vizcaya, recuerdo y renovacion de aquel del mismo nombre tan bien reputado, y concurrido por jóvenes de familias conocidas de Bilbao y Santander, cuando tuvo la honra de contar entre sus profesores al insigne D. Alberto Lista, siendo director el ilustrado Irazabal.

Tratóse de restaurar en 1846 su antiguo brillo construyendo el edificio espacioso, donde un cuerpo escogido de profesores, inauguró los estudios de segunda enseñanza, y pronto se poblaron las aulas de una juventud deseosa de seguir los caminos literarios y científicos que á su aplicacion se abrian. Distinguióse entónces entre los mejores alumnos Artíñano.—Conocidos ya su talento y especial aptitud para las matemáticas, la variedad y riqueza de sus facultades se demostraron á la vez,—que tanto exigía el plan de estudios—lo mismo en ciencias físicas y naturales como en literatura, dando prueba en cuanto emprendía de la claridad de su entendimiento y de

la viveza de su imaginacion. No era Artíñano de esos discípulos cuyo mérito consiste en aprender fielmente las lecciones del maestro y seguir paso á paso sus huellas; eco de lo que oyen, copia de lo que ven, sin iniciativa ni criterio propios: sobresalientes de las áulas, que fuera de ellas no pasan nunca de ser honestas medianías.—No necesitaba andadores; sabía andar solo: de una idea pasaba con rapidéz á otras: de un principio al opuesto y á sus extremas consecuencias: su intuicion pronta y original descubría en las cosas aspectos y relaciones que otros no veían, y es seguro que más de una vez sus maestros debieron maravillarse al advertir que sabía lo que ellos no le habían enseñado. Realzaba estas cualidades su palabra fácil, animada, expresiva, dón de montañeses —segun dicen—más de notar entre vizcainos; que no brillan, en general, por lo elocuentes.

Los ejercicios de la cátedra de retórica le dieron ocasion para escribir algunas composiciones, que eran algo más que ensayos de escolar; aunque la belleza de la forma no correspondiese siempre á lo profundo ó atrevido de los conceptos. Resentíase de las aún no extinguidas influencias románticas y de la lectura de Espronceda, de cuyo *Mendigo* era primo hermano cierto *Sepulturero*, enérgico y sombrío, pero no tan real como aquellos con quienes Shakspeare hace conversar á Hamlet. La índole del talento de Artíñano no se prestaba al artificio y á las armonías de la versificación. Hijo de su época, amaba sobre todo la prosa. Hubiera suscrito de buen grado la página de Dumas contra el empeño de escribir en verso, y repetido con el autor de *Las Nubes*:

*Est-il, je le demande, un plus triste souci
Que celui d'un niais qui veut dire une chose,
Et qui ne la dit pas, faute d' écrire en prose?*

Terminados brillantemente sus estudios de segunda enseñanza, donde alcanzó premios y consideracion y aprecio, resolvió Artíñano trasladarse á París á seguir una carrera científica. Aquel centro fascinador excitaba su curiosidad y ofrecía ancho horizonte á las ambiciones de su mente. Por otra parte empezaba á romperse esa tradicion rutinaria que ha llenado de abogados y médicos á España, y ocurrirse á los padres que sus hijos podían ser otra cosa, con provecho propio y de su país.—Despertaban de su prolongado letargo las industrias y pedían ingenieros hábiles que las dirigieran. Artíñano quiso serlo, y entró en la *Escuela central* de París. Pero los estudios especiales no pudieron saciar la avidéz de su mente, escitada por la ardiente vida intelectual que le pe-

netraba con la novedad y el estímulo de ideas, teorías y sistemas que despertaban su atención hácia la filosofía y la política. Pasar de la calma, del atraso relativo de Bilbao al torbellino parisiense, era para embriagar aquel ánimo movido de ardores juveniles. Estalló la revolución de Febrero de 1848, y la fiebre que se produjo en los espíritus, no era para desviar al joven estudiante de las nuevas lucubraciones y lecturas que tan poderoso interés le habían inspirado. Las célebres paradojas de Prudhon, los escritos de Luis Blanc, las polémicas de Girardin,—toda esa literatura innovadora y ardiente que brotó al calor de aquellas alteraciones, fué alimento de su curiosidad; y aún tiempo despues se le oía referir la impresion que habían hecho en él algunas escenas que presenció en aquellos dias agitados, y los discursos elocuentes de muchos oradores de club; que siempre, si la ocasion lo pide, abundan en París tribunos que parlan á las mil maravillas.

Vuelto Artíñano á España, no bien aquietadas en él las agitaciones parisienses, cambiaron de pronto la direccion de su vida y sus propósitos, merced á su enlace con una preciosísima señorita, paisana suya; del cual se holgaron mucho sus padres, deseosos de tenerle en Castro á su lado, distraido en el cuidado de su hacienda, que era sobrada para dispensarle de otras ocupaciones.

No renunció por eso Artíñano á sus estudios favoritos. Ni la calma adormecedora de aquella residencia tranquila; ni los halagos de su felicidad doméstica pudieron apagar las nobilísimas aspiraciones de su mente siempre ocupada en el exámen de los problemas más interesantes de la filosofía y de la ciencia contemporáneas. Desde su retiro de Castro seguía asiduamente el movimiento de las ideas: no se producía en la esfera de la inteligencia novedad que él desatendiera y no estudiara: no se publicaba libro importante que no fuera á enriquecer su biblioteca y ocupar útilmente sus veladas; de tal modo que en el sosegado apartamiento de aquella villa modesta y silenciosa vivía en comunicacion con la fecunda actividad de los centros de mayor cultura, que vienen á ser como los focos del pensamiento moderno.

Sus estudios no se limitaban, desdeñoso de la realidad práctica, á especulaciones meramente teóricas: no era lo que algunos llaman con menosprecio *un ideólogo*, por más que el vuelo de su fantasía le llevase con superior atractivo al mundo de la idealidad. Sus aficiones científicas le sirvieron siempre como de lastre y le condujeron en más de una ocasion á plantear aplicaciones industriales, ya dedicándose á la fabricacion de cal hidráulica, ya verificando con asi-

duidad y con empeño ensayos de piscicultura, arte cuya novedad y esperanzas, apesar de encontrarse todavía envuelto en las dificultades y vacilaciones de sus principios habian despertado la curiosidad de su inteligencia impresionable y pronta.

Pero su acción más eficaz y más importante efectuóse, no en la producción material de la industria, sino en la superior de las ideas con la influencia fecunda que ejerció en sus amigos y en cuantos jóvenes tuvieron ocasión de tratarle. La educación y la enseñanza no alcanzan ni pueden alcanzar, por regla general, en las villas y pueblos de provincia, por más que sean adecuadas al objeto técnico que se proponen, aquella elevación de miras, aquel alto concepto que en los centros de gran cultura ensancha los horizontes de la ciencia y del arte. Artíñano, que por su educación y por la índole de su talento habia adquirido una penetración y delicadeza de crítica notables, y cuyos juicios en cuestiones históricas y literarias tenían á veces tanto alcance como novedad, y siempre una elevación superior á las rivalidades y exigencias de las escuelas y de los sistemas, era eminentemente propio para mostrar nuevos puntos de vista á las inteligencias ménos cultivadas, que recibían de la suya aquella inspiración fecunda, aquel impulso que abre de pronto nuevos caminos en la investigación de la verdad, y en el culto reflexivo del bien y de la belleza. Así es que, ya en los bancos del Instituto de Bilbao, luego en París, y particularmente despues en la villa de Castro, fué Artíñano como el centro y el inspirador de muchos estudiosos—en cuyos adelantos tuvieron parte su ejemplo y su influencia. Desgracia ha sido que varios de ellos, compartiendo su destino riguroso, hayan muerto jóvenes, sin poder realizar todas las promesas de su mérito, que se han cumplido felizmente en alguno de sus más queridos compañeros del Colegio de Vizcaya, distinguido alumno de la escuela de minas de París, que ha demostrado en uno de los establecimientos industriales más importantes de España, cuánto valen su carácter y su talento.

La influencia de Artíñano no se limitó á ese círculo de amigos, que formaban como su familia científica, sino que trascendió á mayor número de personas en Castro. Siempre se ha distinguido esta villa por su amor á la cultura y al adelanto, que no ha sido allí patrimonio esclusivo de la gente acomodada, sino que se ha manifestado tambien en las clases trabajadoras, en los pescadores mismos,—cuya humilde existencia no es en verdad obstáculo para el logro de la mayor excelencia moral, como lo prueban altísimos ejem-

plos.—Así lo comprendía Artíñano y más de una vez empleó su claro talento en demostrar á aquellos rudos trabajadores sus verdaderos intereses y los medios legítimos de mejorarlos con provecho de todos. Deseoso también de facilitar en otros los estudios de su predilección daba lecciones de francés y de matemáticas á algunos jóvenes paisanos suyos.

No era egoísta: convencido de que la instrucción es el mejor y más seguro camino para lograr el bien de cada uno y el progreso social, lo buscaba para sí y lo comunicaba generosamente á los demás.

La alta imparcialidad y la elevación de su criterio le hacían tanto más propio para difundir la afición á los estudios sinceros y desinteresados, por lo mismo que, superior á todo exclusivismo estrecho, sabía apreciar lo verdadero y lo bello donde quiera que lo hallaba, sin distinción de escuelas, y lo reconocía y lo aplaudía con gusto aún en aquellas que más se apartaban de su modo de pensar. Deploraba esas intransigencias sistemáticas que cierran el entendimiento á todo aquello que no halague la preferencia ó la pasión que las inspira, y alguna vez le hemos oído reprendérselas, con la delicada ironía en que era maestro, á un su amigo, excesivamente enamorado de las doctrinas prudhonianas, aplicándole aquella antigua y expresiva calificación de *homo unius libri*.

Sea efecto de esa generosa amplitud de su mente, que embelesada con el comercio de las ideas puras no gustaba de descender á la práctica, siempre ocasionada á desilusiones y miserias y necesitada de aplicar principios más absolutos y por tanto menos delicados; sea consecuencia natural de su carácter, Artíñano sentía invencible repugnancia á dejar la vida meditativa por la vida de acción. Así es que, apesar de las excitaciones de sus amigos que deseaban verle intervenir en los negocios públicos de su país, que habrían podido utilizar su claro talento y rectísima voluntad, vivió siempre alejado de la política. Quizá el consignar que no fué alcalde de su pueblo, ni diputado á Cortes, podrá ser motivo de que alguno piense que no debía ser tanto su mérito como en estas páginas se quiere dar á entender; toda vez que es ya cosa corriente y admitida entre nosotros que quien quiera que sobresale algo entre los demás puede y debe ser hombre político, legislador y aspirante á ministro. Pero en cambio habrá muchos que celebren la modesta vida de Artíñano, consagrado en su cariñoso y bien regido hogar al estudio, á difundir y fomentar la instrucción y el culto de cuanto es verdadero, y bueno y bello: fin altísimo y supremo consuelo de la vida, que entraña una política tal vez más trascendente,

más fecunda, y de seguro más desinteresada que esa otra que consiste en la lucha por el poder.

Temprana muerte—que dicen don del cielo á sus favoritos—segó aquella existencia vigorosa al ofrecer sus más sazonados frutos. Murió Artíñano en plena virilidad, á los treinta y tres años, cuando iba á dedicarse á la educacion de su hijo. Pero vivió lo bastante para demostrar con su ejemplo,—que afortunadamente no es único en la Montaña—el bien que pueden hacer en torno suyo los hombres de talento y de instruccion, que, resistiendo á la atraccion absorbente de las capitales, contribuyen en sus modestas residencias, de las provincias al adelanto y prosperidad de éstas y á la cultura general.

Tal fué Luis de Artíñano.

Los que le hayan conocido comprenderán las palabras de dolor y de alabanza á su memoria consagradas en aquella tumba que, á la sombra de la antigua iglesia de Castro domina el estenso horizonte de la costa, visible representacion de los infinitos horizontes del alma.

En la tarde serena, cuando los últimos rayos del sol doran aquellas piedras funerarias, la voz del mar resuena con la melancólica grandeza de un canto religioso, como himno de paz que arrulla el sueño de los hombres de buena voluntad.

ADOLFO DE AGUIRRE.

